



Sobre el *Documento de Santo Domingo*, hay una Carta de Juan Pablo II a los Obispos Diocesanos de América Latina (10 de noviembre 1992), en la que el Pontífice dice: «Los textos conclusivos de dicha Conferencia, cuya difusión he autorizado, podrán orientar ahora la acción pastoral de cada Obispo diocesano de América Latina. Cada Pastor diocesano... hará el necesario discernimiento para ver lo que sea más útil y urgente en la situación particular de su diócesis»; y posteriormente, refiriéndose a las Conclusiones, añade: «ellas deberán ser analizadas a la luz del Magisterio de la Iglesia Universal y deberán ser actuadas en fidelidad a la disciplina canónica vigente». En realidad lo que el Papa hizo fue sencillamente «autorizar» la publicación del documento.

Es claro que sobre el íter de los tres textos conclusivos de Medellín, Puebla y Santo Domingo se podrían aducir muchos más datos en orden a su valoración teológica. Pero aquí no me está permitido alargarme más.

Concluyo con unas palabras del Cardenal Alfonso López Trujillo, que, en un artículo publicado en *L'Osservatore Romano* (edición en lengua española, 1999, n. 4, p. 17), dice lo siguiente: «Habría que precisar más el tipo de valor y autoridad de cada documento, sobre todo después de las observaciones aclaratorias respecto al Magisterio no reconocido de las Conferencias Episcopales. Será preciso pensar sobre el valor concreto de los documentos de las Conferencias Generales, quizás a la luz del *Motu proprio Apostolos Suos* sobre las Conferencias Episcopales».

He aquí una cuestión —diría— sugestiva e interesante, abierta al estudio de los teólogos y de los historiadores del libro *Teología en América Latina*, tan importante y tan útil, que estamos presentando y cuya lectura de verdad recomendamos dando, por parte de la Pontificia Comisión para América Latina, un gracias muy efusivo por su publicación a los autores y colaboradores, así como a los Editores de tan apreciada obra.

Gracias a todos.

* * *

¿Qué es la Teología?

Jorge A. MEDINA ESTÉVEZ
Cardenal de la S. Iglesia Romana

Vorrei innanzitutto esprimere le mie felicitazioni più sincere al Professore Rev. Josep-Ignasi Saranyana e ai suoi collaboratori per la pubblicazione del terzo volume *Teología en América Latina*, opera preparata con paziente accuratezza e frutto di un lavoro di vasta ricerca di materiali sparsi nell'immensa geografia dell'America Latina. Penso che per molto tempo quest'opera sarà di grande utilità, per quanti vorranno interessarsi sul pensiero teologico latinoamericano.

Permettetemi di offrirvi qualche considerazione sulla Teología, come un modesto contributo alla presentazione del volume che ci interessa, e col vostro permesso lo farò nella lingua castigliana, quella della maggior parte dei latinoamericani.



La Teología es, ante todo, una palabra sobre Dios. El teólogo auténtico es un hombre que pone su mirada en Dios, con una actitud interior de reverencia, de humildad, de búsqueda de la verdad. Moisés, postrado y descalzo delante de la zarza ardiente (cfr. Ex 3, 2-15) representa, me parece, una imagen sugerente del teólogo.

El teólogo, como Moisés, escucha a Dios que le habla. Dios, el inasible, usa palabras humanas y el verdadero teólogo las escucha. La palabra de Dios descubre al teólogo una perspectiva hasta ahora para él desconocida. Lo saca de su rutina, lo sumerge en el estupor de la presencia divina, le confía una tarea con respecto a su pueblo y, finalmente, le revela su nombre. Desde entonces el hombre que ha visto el esplendor divino no será el mismo de antes. De tiempo en tiempo volverá a tener la experiencia de Aquel que ES, y su vida será una continua obediencia al que lo ha escogido y lo ha enviado para transmitir al pueblo sus designios de salvación.

Para el teólogo de la nueva Alianza existe una diferencia: recibe la Palabra de Dios en la Iglesia, en el nuevo pueblo de Dios que ha recibido la fe y la conserva por la acción del Espíritu Santo. Esa Palabra tiene ahora una densidad propia: es, ante todo, el Verbo eterno que ha tomado carne humana y se ha hecho en todo semejante a los hombres, menos en el pecado. Jesucristo vive en su Iglesia, es su Esposo, su Cabeza, su Maestro, su Salvador, su Vida. En Él el Padre nos ha dicho todo cuanto tenía que decirnos, pero el Espíritu Santo no cesará nunca de desvelar a los santos las inagotables riquezas del Hijo que es Camino, Verdad y Vida. La Palabra de Dios se conserva en las Escrituras, en los Padres, testigos vitales de la fe transmitida y conservada, en los santos, depositarios de la sabiduría de Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos y locura para los paganos (cfr. I Cor 1, 23s). El quehacer teológico auténtico no puede prescindir ni de las Escrituras, ni de los Padres, ni de los santos. Tampoco puede dejar de considerar el Magisterio, o sea el ejercicio auténtico del oficio de enseñar en nombre de Cristo por parte de quienes tienen la sucesión apostólica, los Obispos como testigos de la fe y, en forma especial el Obispo de Roma, Sucesor de San Pedro y Vicario de Cristo para toda la Iglesia. El quehacer teológico se ejercita al interior de la Iglesia, en comunión con ella, como un humilde servicio que es bien consciente de que lo más importante y definitivo en la Iglesia no son los teólogos, sino los santos.

El teólogo necesita tener una visión de conjunto del designio de la salvación, de sus metas y de sus instrumentos. Cualquier parcialización unilateral hace correr el riesgo de que la verdadera imagen de la acción de Dios se convierta en grotesca caricatura y comunique, por lo mismo una visión distorsionada y no verdadera del plan de Dios y del quehacer del hombre en respuesta a él.

Tocamos así un tema capital en la teología cristiana: la Salvación. Cristo se hizo hombre «por nosotros los hombres y para nuestra salvación» (*Símbolo niceno-constantinopolitano*). Nada más importante para el hombre que «ser salvado» y nada más importante para Dios que salvar a los hombres.

¿Qué es la salvación? Es la Vida en Cristo, es la nueva criatura, es la liberación de la esclavitud del pecado, es la participación por la gracia en la naturaleza divina, es la proyección en las realidades temporales del designio de Dios, es la santidad, es la justificación.

La salvación es el último y definitivo destino y vocación de todos los hombres y de cada hombre. La Constitución *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II enseña con toda claridad que todo hombre está llamado a la participación sobrenatural en la vida divina (cfr. GS,



22, 5). El cómo cada hombre, aún el que no ha abrazado explícitamente la fe cristiana, puede acceder a la salvación, es un tema amplísimo y complejo que no se puede abordar aquí.

Sólo Dios salva. El nombre de Jesús significa, precisamente, «Dios salva». El punto de partida es reconocer que el hombre perdió la santidad primera que Dios le había conferido gratuitamente, al cometer el pecado. No es posible ahora entrar en el tema del pecado original, pero es necesario admitir, conforme a la fe católica, que el pecado afecta a todos los hombres y que la acción de Satanás para inducir al peca es tan vasta como para que Jesús lo llame «Príncipe de este mundo» (cfr. Jn 12, 31; 14, 30; 16, 11) y para que San Juan afirme en su primera carta que «el mundo entero yace en poder del Maligno» (I Jn 5, 19). La salvación comporta, pues, la derrota de Satanás por la obra redentora de Cristo a la que la Iglesia sirve de instrumento visible, y consiguientemente la liberación del pecado por la conversión del corazón y la recuperación de la condición de hijos de Dios, ordinariamente a través de la acción sacramental de la Iglesia. El hombre no puede salvarse a si mismo: la salvación es una realidad tan estupenda que sólo puede tener a Dios como autor. A Él le corresponde la iniciativa, el crecimiento y la consecución plena de la salvación, pero el hombre no es un ser inerte ni meramente pasivo: puede y debe acoger el don de Dios en una misteriosa cooperación que tiene como origen la gracia pero que necesita el sí de la voluntad humana sostenida por la fuerza suave y fuerte de Aquel que es origen de todo bien y cuya acción salvadora es más admirable aún que la obra de la creación (cfr. Concilio de Trento, *Decreto sobre la justificación*; Concilio II de Orange).

Toda la acción de la Iglesia, su misión esencial e insoslayable, es la de ser sacramento de salvación. Por esto la Iglesia es «misión», es decir, ejercicio del «envío» por parte de Jesús y del Espíritu a fin de que se cumpla el designio amoroso del Padre que «quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (I Tm 2, 4). Todas y cualesquiera acciones de la Iglesia tienen que apuntar, directa o indirectamente a la salvación y lo que no tiene nada que ver en modo alguno con esta finalidad, deja simplemente de ser acción de Iglesia.

Es evidente que el objeto primordial de la salvación mira a las realidades sobrenaturales: la gracia y la gloria, la conversión y la santidad. Y es claro también que estas realidades se refieren y realizan en cada persona. Pero cada cristiano es miembro de un cuerpo, cuya Cabeza es Cristo y existe una recíproca causalidad para bien o para mal entre todos los que son de Cristo. Ningún cristiano puede sentirse ajeno a la salvación de sus hermanos y por lo mismo toda vida cristiana tiene necesariamente una dimensión apostólica que es otro modo de decir «misionera».

¿Y las realidades temporales? Tienen ciertamente relación con la salvación. Sea porque toda acción humana tiene un signo salvífico, positivo o negativo; sea porque los pecados personales tienen repercusión en el tejido social, por acción o por omisión; sea porque la voluntad de Dios es que la sociedad humana se funde en la verdad, en la justicia y en la caridad. Mientras dura nuestra peregrinación terrenal las responsabilidades temporales forman parte de nuestra vocación cristiana y de nuestro camino de santidad y de salvación. No somos ángeles, ni ahistóricos, ni islas, ni meros espectadores.

La salvación desemboca en la gloria, en la Casa del Padre, en el banquete del Reino, en la Jerusalén celestial. Allí no habrá más ni pecado, ni llanto, ni mentira, ni muerte (cfr. Apc 21, 4), y a partir de la Parusía también nuestros cuerpos participarán en la gloria de la



salvación, a través de la resurrección. Precisamente la esperanza de la gloria en los cielos infunde entusiasmo y vigor a nuestro quehacer cotidiano acá en la tierra, donde se va construyendo día a día el mundo definitivo de la salvación, el Reino de Dios, donde El «será todo en todas las cosas» (1 Cor 15, 27s).

No se pueden terminar estas consideraciones sin una mirada a la Santísima Virgen María, modelo ejemplar de toda salvación. En ella el triunfo de la gracia fue tal que nunca estuvo bajo el dominio de pecado alguno: la gracia merecida por su Hijo la preservó de toda mancha de pecado. En ella la perpetua virginidad es expresión de la victoria sobre toda concupiscencia, fruto connatural del pecado. En ella la gloriosa Asunción a los cielos manifiesta la plenitud de la salvación proyectada en su santísimo cuerpo. En ella la búsqueda de la gloria de Dios (cfr. Lc 1, 46s.) y la plena adhesión a su voluntad (cfr. Lc 1, 18; Jn 2, 5) fueron, ya en la tierra, la expresión perfecta del anhelo de la venida del Reino. Por eso es Madre de todos cuantos dicen de corazón «venga a nosotros tu Reino».

María, sierva del Señor y Madre de Cristo es el icono perfecto de la salvación y el modelo viviente de toda teología.

En el coloquio, que siguió a las palabras del Cardenal Jorge Medina, y a una de las preguntas que le fueron formuladas, el Cardenal añadió:

Quisiera aprovechar esta oportunidad para hacer un alcance que está escondido en lo que yo dije. Lo que yo dije tiene recados implícitos, que deseo desvelar.

En muchas formas de teología americanista hay una parcialización tremenda del dato revelado. Parece como si ciertos elementos del dato revelado fueran sistemáticamente ignorados. Pongo algunos ejemplos.

El tema de la gracia de Dios aparece rara vez. El tema de la justificación aparece rara vez. Uno tiene a veces la impresión de una teología de corte pelagiano, porque se parte de un esfuerzo humano y de un protagonismo humano y político, sin tener en cuenta que es Dios quien salva. La sacramentalidad de la salvación también es muy poco advertida e incluso las comparaciones que se usan, para describir la realidad estructural de la Iglesia católica, son sumamente equívocas, como, por ejemplo, en el libro de Leonardo Boff titulado *La Iglesia, carisma y poder*. Y esas lagunas me parecen extremadamente graves, muy ajenas a la gran corriente de la teología de todos los tiempos. San Agustín vivió momentos álgidos de la caída del Imperio Romano y, sin embargo, nunca perdió la perspectiva de la salvación.

Me pregunto: en ciertas teologías latinoamericanistas de hoy, qué significa la palabra «salvación», que ha sido sustituida por la palabra «liberación», en tanto que en una buena teología «liberación» y «salvación» son la misma cosa; sin embargo, en la corriente teológica a la que me refiero, «liberación» aparece como una salvación empobrecida y proyectada solamente al quehacer temporal, al quehacer estructural socio-político. Muchas gracias.